

ADIÓS Y GRACIAS. Palabras para una despedida ritual de Carmelo Lisón

Murió Carmelo Lisón cuando se iniciaba el confinamiento y ya sabemos que no fue a causa del coronavirus. Murió en realidad cuando sus oportunidades de superar los males que padecía se agotaron, tras un periodo de supervivencia que su médico del corazón encontraba sorprendentemente largo. En buena medida reconocemos en esta su manera de haber ido aguantando la vida hasta el momento de morir la actitud que mostró a lo largo de toda ella: voluntad firme, confianza, prudencia e inteligencia para afrontar las situaciones. Sin pretenderlo intencionadamente, toda una lección de maneras de vivir/morir.

Fueron en realidad incontables las lecciones que fue dando durante muchos años y especialmente de lo que fue para él una obsesión y una pasión: la Antropología. A su vuelta de Inglaterra (Londres, Oxford, Sussex) advirtió con estupor que una ciencia tan relevante en las universidades europeas era prácticamente inexistente en España. Hoy al cabo de 50 años está en los planes de estudios de prácticamente todas las universidades españolas. Fue Carmelo Lisón promotor principal responsable de ello. Y lo hizo con voluntad firme, con confianza, con prudencia y con inteligencia. No sólo atrajo alumnos, sino que además fue convenciendo, seduciendo a colegas de otras disciplinas y a las autoridades académicas sabedor de que los territorios intelectuales suelen ser rígidos y quienes están instalados en ellos a menudo miran con displicencia a los recién llegados. A los alumnos les fue guiando, sosteniendo, animando, mientras les transfería algo de esa misma pasión que él padecía, la Antropología. Formó así profesores, porque esa es la forma de dar trascendencia al saber personal, de dar continuidad a proyectos que si bien nacen individuales tienen necesidad de convertirse en colectivos y en definitiva es la forma con la que la Ciencia es capaz de superar ese terrible efecto de disolución que con los valores del espíritu tiene el tiempo. Es admirable descubrir en ese proyecto la inteligencia social que Carmelo Lisón desplegó en la universidad abriendo caminos, diseñando planes de estudio, pero también sorteando burocracia, abordando despachos de autoridades y configurando futuro para generaciones de estudiantes. Hay todo un fondo de voces de gratitud procedentes de muchos de ellos en muchas partes en España y fuera de ella que se han dirigido desde hace tiempo y se siguen dirigiendo hacia él.

Pero la Antropología que le apasionaba se revolvía inquieta en los pasillos de la universidad cuando Carmelo Lisón pasaba demasiado tiempo en las aulas y los despachos. La investigación fue para él una vocación que es la forma de llamar a un trabajo en el que se disfruta tanto, que llega a detener el tiempo como si no pasara, a hacer insensibles la fatiga o el hambre y a absorber la vida como si no hubiera otra u otras. Para la investigación documental Carmelo Lisón se alojó en los archivos parroquiales y municipales, en los de la Corona de Aragón, en la Biblioteca Nacional o en el Archivo Histórico Nacional, en las salas de los legajos de la Inquisición, en las bibliotecas del St Anthony College, de la University College y hasta en los Archivos vaticanos. Adquirió así familiaridad con un conjunto de personajes de los tiempos pasados tales como los visitadores de arzobispado, el síndico procurador general, los jesuitas Valignano y Fois, los reyes de la Casa de los Austrias en el siglo XVII, el inquisidor Gómez de Salazar, Vagad y otros muchos convocados por arte de Carmelo para iluminar el presente desde el pasado. Fue, de todos modos, en la investigación de campo donde su pasión antropológica encontró su paisaje adecuado. La ejerció primero en Belmonte de los Caballeros, un nombre con el que escondió a su pueblo y no es paradoja sino técnica antropológica, para comprenderle mejor y para ayudar a sus vecinos a comprenderse mejor. Y luego en Galicia, donde fue a afrontar el gran desafío de la interpretación como procedimiento antropológico

por excelencia, al encontrarse inmerso en un universo densamente simbólico que le hiciera capaz de sintonizar con otros seres humanos cuyas experiencias conmueven nuestras racionalistas construcciones intelectuales. Y eso mismo es lo que logró con voluntad firme, con confianza, con prudencia y con inteligencia, como muestran los doce volúmenes dedicados a transcribir la etnografía de esas sociedades. Una enorme prudencia y singular inteligencia es lo que demostró Carmelo Lisón al advertir que la investigación de campo exige mantener constantemente el deseo de aprendizaje y vivo el reconocimiento de que lo que conocemos, lo que aprendemos, es un don que nos entregan los seres humanos entre los que investigamos. Otra gigantesca lección que dio haciendo compartir a sus estudiantes su propia investigación de campo, pero sobre todo mostrándola al lector cuando en sus libros va enredándole con los hilos de la interpretación. El maestro que se hace aprendiz para enseñar a aprendices revela entonces su secreto: para la Antropología, el conocimiento es un don que nos dan los seres humanos con los que convivimos. Comprender es inevitablemente un acto participativo, social.

Carmelo Lisón no solo fue maestro en la universidad y en la investigación, sino que cultivó el difícil arte de aproximar la Antropología a la sociedad, ofreciéndola como un ámbito de conocimiento sin fronteras. No fue una iniciativa original, pues en buena medida fue un proyecto desarrollado a partir de su participación en los encuentros de los años 60 y 70 de la Wenner Gren Foundation, y que de hecho en España se ha mantenido durante más de 40 años realizado como proyecto personal apoyado en muchas ocasiones con financiación privada. Carmelo intervino siempre facilitando el intercambio de ideas en triple dirección entre especialistas de distintas disciplinas, entre especialistas españoles y extranjeros y entre profesores y alumnos, académicos y sociedad. Y es buena muestra de la inteligencia aplicada cuando se advierte de en cuantas direcciones lograba a la vez producir efectos beneficiosos. Mostraba ante todo una increíble confianza en el intercambio de ideas, en la discusión, en la reflexión que se genera en el debate. “Hablad entre vosotros” nos decía en los entreactos, y entonces no nos dábamos cuenta de que esa era la lección, era su manera de decirnos cómo “hacer ciencia”, “hacer Antropología”. Su labor culminó en la Academia donde con su presencia fue la primera vez que la Antropología fue reconocida en régimen de igualdad que el resto de Ciencias Sociales y él llegó a desempeñar un importante papel mediador en el intercambio de ideas entre especialistas de disciplinas dispares.

La Fundación a la que confió su legado tiene el camino trazado. Nos parece oír aún sus palabras: Atraed alumnos, convenced a los colegas, investigad como un aprendiz y aprended reconociendo que es un don lo que recibís y ... hablad entre vosotros. Haced así que se haga ciencia y que se haga Antropología. Lo que la Fundación no ha recibido es ese bien tan humano y tan suyo, la pasión que puso en su trabajo, en la Antropología, tan entramada, tan incorporada a su vida. Esa se la llevó. Pero nos hizo admirarla y tal vez eso sea semilla que algún día... Estamos seguros que desde aquí, desde su pueblo, donde tiene la sede la Fundación veamos, se vea, cómo germina.

En esta breve semblanza de la figura de Carmelo Lisón no habrá un listado de los numerosos títulos y premios institucionales, ni de las distinciones formales que recibió, porque con toda seguridad los premios y distinciones que le hubiera gustado oír son esas ideas, esos sentimientos sonoros que ahora en nosotros se hacen voz diciendo: Adios y gracias, Maestro. Adios y gracias, Profesor. Adios y gracias, Académico. Adios y gracias, amigo. Adios y gracias, Carmelo.